

ANIMA MUNDI. EL ALMA DEL MUNDO EN PLATON

por OSCAR VELÁSQUEZ
Ediciones de la Universidad
Católica de Chile, 1982
Santiago, 122 págs.

R El trabajo es una buena demostración del rigor que van ganando en nuestro país el estudio de las humanidades clásicas y la filosofía. La obra del profesor Velásquez, de muy buena factura universitaria, con pretensiones de erudición que alcanza la cima de modo satisfactorio. Hace alusión directa a las fuentes griegas que examinan el término *psyjé tou Kosmou*, traducido como Alma del Mundo. El especialista chileno indica que el pensamiento antiguo con este término quiso significar que el universo entero se manifiesta como un ser vivo e inteligente.

La obra está compuesta de una Introducción, siete capítulos y la bibliografía. Los capítulos llevan los siguientes títulos: Moles y Machina Mundi (los pensadores jonios); El Fedro y el Alma Universal; El Alma del Mundo en el "Timeo"; El Mito del "Político"; La Teología de las Leyes X de Platón; La Teología Cómica del Epinomis; y La Conexión Romana: la Divinidad de Cicerón.

En la Introducción el autor advierte que su investigación pretende encontrar "señales precisas del alma del mundo" en el pensamiento antiguo, atreviéndose, quizás, a modificar un tanto las interpretaciones generales establecidas sobre esta materia (p. 12). Piensa el autor que la tarea no deja de tener importancia porque aquí se hace manifiesto el beneficio que recibe el hombre con su aspiración de armonizar su alma con el alma del todo, lo que le permite estar en condiciones de alcanzar un pensamiento de rango filosófico. Dicha tesis por otro lado, abre perspectivas excepcionales a los actuales trabajos que tratan de vincular de modo directo la armonía de la naturaleza con el agobio homo sapiens, tema de tanta importancia en el presente, que contribuye a la fundamentación de las concepciones del medio ambiente. Diríamos que lo antiguo, atributo del pasado, que por ser clásico sigue siendo actual, viene en ayuda de lo nuevo del presente.

En la interpretación de la obra platónica usa como criterio hermenéutico central la idea de que la "obra capital en este tema es el Timeo" (p. 12), lo que por cierto no significa, en su opinión, desdeñar los aportes del Fedro y El Político, obras de orden mítico que enfocan aspectos secundarios sobre el concepto de *alma del*

mundo que tienen, a su juicio, la ventaja que le permiten escudriñar en el "noble y misterioso contenido" de estos dos mitos, en los que sabemos que Platón es insuperable.

En el capítulo sobre la Teología de las Leyes de Platón (Libro X) examina la posibilidad de que los dioses existan (p. 73). Se detiene ampliamente en el análisis de Platón sobre el tema como "principio primero de todo movimiento" (*arjé próte*). El alma no sólo es un *logos* sino también una *ousía*, una real entidad. A esta caracterización se le agrega el concepto de *nous*, como elemento propio del alma. Manejando estas precisiones concluye el capítulo observando que la vida del hombre justo será eminentemente natural, es decir, de acuerdo a la vida del todo y por lo tanto una realidad feliz. Con ello se recoge, nos parece, una visión humanista, vinculada al principio del ecosistema de tanto uso en la nomenclatura actual.

El profesor Velásquez piensa que el *Epinomis*, cuya autoría la atribuye a Platón, representa de modo manifiesto la "culminación de los elementos religiosos sobre los dialécticos", característica propia de la fase última del pensamiento de Platón. De aquí el título: LA TEOLOGIA COSMICA DEL EPINOMIS que le da a esta sección del libro in comento, que lleva el epígrafe: "Dios es un nombre si se habla sin verdadera virtud" (p. 95).

De los escritos exotéricos de Aristóteles se detiene en un artículo sobre el *De Philosophia*, en la versión de Cicerón, i.e. "De natura Deorum II" (XXXVII 95) (Capítulo sobre la Conexión Romana: La divinidad de Cicerón), texto que él mismo profesor Velásquez traduce. Dicho artículo afianza un principio que ronda al autor y que se refiere al concepto de naturaleza en relación con el ser humano. El artículo se coloca en la situación de imaginar lo que ocurriría con los habitantes del interior de la tierra (si existiesen) cuando al salir vieran las cosas de la naturaleza, la tierra, el mar, el cielo, "juzgarían que los dioses existen, y que estas tan grandes cosas son obras de dioses" (p. 112).

Interesante tópico. Si *naturaleza* significa *alma*, como nos lo había dicho en el capítulo sobre la Teología de las Leyes, "será necesario concluir que esta alma es la *arjé primera*, el Dios o los Dioses que se intentan probar como verdaderamente existiendo" (p. 89).

Termina la obra con una nutrida bibliografía de gran especialidad sobre la materia.

En suma, una obra generosa de gran oficio intelectual que lleva una finalidad inequívoca: la de contribuir desde las humanidades clásicas con un criterio de armonía que nos habla, como en el pasado dorado, de la convivencia del hombre con la naturaleza... y la divinidad.

Fernando Valenzuela Erazo